

CARIÑO (cómo no te voy a querer con ese nombre)

Basado en una historia real

Como cada mañana, Cariño esperaba el bus cuando todavía no había salido el sol, para llegar a su trabajo de conserje en un edificio de oficinas en el otro extremo de la ciudad.

Ella sabía que, en poco tiempo, todo sería distinto. A principios de noviembre, en apenas cinco semanas, y tras casi cuarenta años de trabajo, llegaría la esperada jubilación.

Por la esquina de la calle no tardó en aparecer el autobús, el primero de la jornada. “Bien”, pensó Cariño. Hoy venía Marcos, el conductor simpático, con su poblada barba y su sonrisa constante:

—Buenos días, Cariño. ¡Cómo no te voy a querer con ese nombre! —le decía y se reía mientras miraba por el retrovisor, presto a iniciar la marcha hacia la siguiente parada.

Teresa, la estudiante de la Olavide que se subía dos paradas antes, la saludó y le preguntó:

—Cariño, ¿qué vas a hacer cuando te jubiles?

Ella se encogió de hombros y sonrió teatralmente mientras se sentaba en su asiento favorito, detrás de la salida y junto a la ventanilla.

—Yo me hartaría de viajar y de ver mundo mientras me encontrara bien —añadió Luis, el empleado de banca, siempre tan trajeado, y oliendo a colonia.

—Qué dices, seguro que lo que Cariño quiere es ir a ver a sus nietos, y disfrutarlos ahora que va a tener tiempo —sugería Leonor, la maestra, siempre azorada agarrando el bolso, la carpeta y el paraguas como si fueran a salir corriendo.

En la parada siguiente subió Alicia, que regresaba fatigada del turno de noche en el hospital. Se sentó junto a Cariño y apoyó la cabeza en su hombro sin pronunciar palabra, absorta en sus pensamientos.

También estaban Javier y Encarna, el joven matrimonio que iba a la zapatería del padre de Encarna, donde trabajaban los dos. Javier comentó:

—Pues yo me quedaría en la cama y no me levantaría en tres días —lo que hizo estallar una risa generalizada.

Cariño echó un vistazo a su alrededor. Ya estaban todos: sus amigos del autobús.

Su vida no había sido un jardín de rosas. Viuda joven, ella sola había sido capaz de sacar adelante a su familia. Había luchado mucho, pero lo había conseguido, y ahora llegaría su merecido premio.

Cuando por fin llegó la noche previa a su primer día ocioso, Cariño apenas pudo conciliar el sueño. Pensaba en adónde había llegado, en lo que había ganado y perdido, y en lo que la vida aún le podía ofrecer.

No lo dudó. Se levantó temprano y compró en la confitería de la esquina una bandeja de palitos de nata recién hechos. Llegó justo a tiempo de coger el autobús, y compartir su desayuno con sus amigos. Esto era lo que ella quería, y lo que no dejaría de hacer mientras pudiera.

—Cómo no te voy a querer con ese nombre —repetía Marcos con la boca llena, sin reparar en que un trozo de nata le manchaba cómicamente la barba.

Frank Bascombe